

Clifford D. Simak

LA AUTOPISTA DE LA ETERNIDAD

La última novela del autor de *Ciudad* y *Estación de tránsito*; una fascinante galería de personajes y situaciones a través del tiempo y del espacio.



grandes éxitos
BOLSILLO

Todo empezó de una forma bastante sencilla: uno de sus clientes había desaparecido, y Jay Corcoran acudió a investigar su suite del hotel Everest. Pero allí descubrió aquel balcón o garita adosado a la pared. No debería estar ahí, de hecho no estaba..., porque sólo Corcoran, con su visión especial que le permitía ver cosas que nadie más podía ver, era capaz de detectar su presencia. De modo que llamó a su amigo Tom Boone, que tenía otro poder especial, el de «doblar una esquina» cuando se hallaba en peligro, para que le abriera el camino hasta aquel fantasmal anexo. Y lo hicieron: en el momento mismo en que el hotel era dinamitado.

Así se inicia una fabulosa aventura a través del tiempo y del espacio: a Hopkins Acre, una propiedad arrebatada a su tiempo por un grupo de refugiados de un millón de años en el futuro y trasladada al siglo XVIII; al pleistoceno, sólo morado por lobos, bisontes y dientes de sable; a un lejano futuro, donde los hombres han adquirido la incorporeidad de manos de los infinitos, y donde los alienígenas recorren libremente toda la galaxia; y sobre todo a la Autopista de la Eternidad, un lugar que va de ninguna parte a ninguna parte, pero que sin embargo es el centro de todo...

1

Nueva York

El cable alcanzó a Boone en Singapur: NECESITO A UN HOMBRE QUE PUEDA DOBLAR UNA ESQUINA. CORCORAN. Tomó el siguiente avión.

El chófer de Corcoran le aguardaba apenas cruzar la aduana del Kennedy. Tomó la maleta de Boone y le condujo hasta la limusina.

Había estado lloviendo, pero la lluvia había cesado. Boone se reclinó confortablemente en el mullido asiento y contempló el paisaje desfilando al otro lado de las ventanillas. ¿Cuánto tiempo había transcurrido, se preguntó, desde que había estado por última vez en Manhattan? Diez años, quizá más.

Cuando llegaron al edificio de apartamentos de Corcoran se había puesto de nuevo a llover. El chófer recogió el equipaje de Boone, abrió un paraguas para él, y le condujo hasta un ascensor privado que conducía directamente al ático. Corcoran aguardaba en la biblioteca. Se levantó de un sillón en un ángulo y avanzó por la gruesa moqueta con la mano extendida y una expresión de alivio en el rostro.

—Gracias por venir, Tom. ¿Has tenido un buen vuelo?

—Bastante bueno —respondió Boone—. Dormí casi todo el camino.

Corcoran asintió.

—Recuerdo que siempre has dormido en los aviones. ¿Qué es lo que bebes estos días?

—Escocés, con una salpicadura de soda. —Boone se dejó caer en el sillón indicado por el otro y aguardó a que le fuera servido su vaso. Dio un largo sorbo, contemplando la decoración de la estancia—. Parece que te van bien las cosas, Jay.

—Muy bien. Tengo clientes ricos que pagan por lo que obtienen. Y agentes por todo el mundo. Si un diplomático estornuda en Bogotá, me entero de ello al cabo de pocas horas. ¿Qué estabas haciendo en Singapur?

—Nada. Descansando un poco entre trabajos. Puedo permitirme ser selectivo con las historias de las que me ocupo estos días. No es como cuando nos veíamos más a menudo.

—¿Cuánto tiempo hace de ello? —preguntó Corcoran, Cuando nos vimos la primera vez, quiero decir.

—Debe hacer quince años o más. Ese asunto desagradable en el Este. Apareciste con los tanques.

—Sí, eso es. Llegamos demasiado tarde. Fue una masacre. Cuerpos amontonados por todas partes, y ninguna señal de nadie vivo. —Corcoran hizo una mueca ante el recuerdo—. Y luego, de pronto, allí estabas tú, sin una arruga en las ropas, de pie entre los muertos. Llevabas esa chaqueta llena de bolsillos por todas partes para tus blocs de notas, tu grabadora, cintas, cámara y película. Llevabas tantos trastos encima que parecías un globo. Y me dijiste que simplemente habías doblado una esquina.

Boone asintió.

—Tuve la muerte a medio segundo de distancia. De modo que doblé una esquina. Cuando volví a doblarla, allí estabas tú. Pero no me pediste que te lo explicara. No hubiera podido hacerlo, y tampoco puedo ahora. La única respuesta es una que no me gusta..., que soy algún tipo de fenómeno.

—Digamos un mutante. ¿Lo has vuelto a intentar desde entonces?

—Nunca lo intenté. Pero ocurrió otras dos veces: una en China, y luego de nuevo en Sudáfrica. Cuando lo hice, pareció completamente natural..., el tipo de cosa que cualquier hombre puede hacer. ¿Y qué hay de ti?

—¿Supiste lo que me ocurrió?

—Algo —respondió Boone—. Eras espía..., la CIA y todo eso. Quedaste atrapado, pero pudiste comunicar, y un caza acudió a rescatarte. Un aterrizaje suicida propio de una película de serie B. El aparato quedó como un colador, pero consiguió despegar de nuevo...

—Cierto —dijo Corcoran, Luego se estrelló. Me hice papilla toda la parte de atrás de la cabeza, y estuve tan cerca de la muerte que eso ni siquiera pareció importar. Pero tenía una información que era vital, así que hicieron milagros para salvarme la vida... De cualquier modo, tuvieron que hacer algunas cosas extrañas para remendar mi cabeza. Al parecer algunos de los cables de mi cerebro se cruzaron o algo así. Ahora, a veces, veo las cosas de un modo distinto..., cosas que otros no ven o no pueden ver. Y pienso de una forma peculiar. Ato entre sí fragmentos de información en una especie de deducción serpenteante que desafía todo pensamiento en línea recta. Sé cosas sin que medie ninguna forma razonable de que se sepan. Y lo hago pagar, por supuesto.

—Espléndido. ¿Y tiene eso algo que ver con tu llamada a Singapur? —preguntó Boone.

Corcoran se reclinó y dio un meditabundo sorbo a la bebida que se había preparado para él. Finalmente asintió.

—Tiene que ver con uno de mis clientes. Acudió a mí hará unos seis años. Dijo que se llamaba Andrew Martin. Quizá fuera su auténtico nombre.

Martin se había presentado, reservado y frío, y ni siquiera estrechó su mano. Rechazó absolutamente responder a cualquier pregunta. Luego, cuando Corcoran se sintió incli-

nado a despedirlo educadamente, Martin rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta, extrajo un sobre, y lo empujó hacia él por encima del escritorio. Dentro había cien billetes de mil dólares.

—Esto es sólo un anticipo —afirmó—. Para cualquier trabajo que haga, le pagaré el doble de su tarifa habitual.

Lo que deseaba era rumores procedentes de todo el mundo. No las cosas políticas habituales, sino rumores sorprendentes o extravagantes..., del tipo que no parecían tener ningún sentido. No dijo cómo poder ponerse en contacto con él. Llamaría diariamente por teléfono y le diría a Corcoran dónde localizarle..., siempre en un lugar distinto.

No había muchos rumores del tipo que deseaba, pero pagaba bien por los que obtenía, normalmente más que el doble de la tarifa, y siempre en billetes de mil dólares. Durante años el asunto prosiguió del mismo modo.

Corcoran lo investigó, por supuesto. Pero no había mucho que averiguar. Martin no parecía tener pasado ni ocupación identificable. Poseía una oficina respetable con una recepcionista a tiempo parcial, pero ella no tenía la menor idea de lo que hacía su jefe. No parecía estar metido en ningún tipo de negocio.

También poseía una suite en una esquina del Everest, pero no vivía en ella. Al menos, cuando el agente de Corcoran entró allí, no había ropa en los armarios ni ningún otro signo de que la suite estuviera ocupada.

Ocasionalmente Martin era visto por la ciudad con una mujer llamada Stella, tan misteriosa como él.

Luego, hacía unos meses, Martin y Stella se esfumaron en el aire.

Boone se irguió bruscamente en su sillón.

—¿Qué?

—Así es..., o al menos así pareció. Después de la última vez que le informé, se marchó y fue visto llamando por teléfono. Un poco más tarde, mi agente en el Everest vio marcharse a Stella y la siguió. Ella y Martin entraron en unos

viejos almacenes cerca de los muelles. Nunca salieron de allí. No han vuelto a ser vistos desde entonces.

Boone dio un sorbo de su vaso y aguardó. Finalmente urgió a Corcoran:

—Ese último rumor...

—Vino de Londres. Tenía algo que ver con alguien que buscaba frenéticamente un lugar llamado Hopkins Acre.

—Parece algo más bien inocente.

Corcoran asintió.

—Excepto por una cosa. En toda Gran Bretaña no hay ningún lugar llamado Hopkins Acre. Pero sí lo hubo, hará cuatrocientos o quinientos años. Localizado en Shropshire. Lo comprobé. En 1615 desapareció misteriosamente mientras la familia propietaria estaba de viaje por Europa. Hoy estaba ahí, mañana había desaparecido. Sin dejar ninguna huella de que hubiera existido nunca. Toda la propiedad, la tierra, incluso el paisaje..., todo desapareció, junto con la gente que trabajaba sus campos y los sirvientes de la casa. Incluso la casa. Ni siquiera quedó un agujero en el suelo.

—Eso es imposible —dijo Boone—. Un cuento de hadas.

—Pero verídico —dijo Corcoran—. Establecimos más allá de toda duda que había estado allí, y que luego había desaparecido.

—¿Y ése es el final de la historia? —preguntó Boone. Agitó la cabeza—. Pero sigo sin ver por qué me mandaste llamar. No soy bueno en rastrear personas desaparecidas ni en localizar casas que desaparecieron hace cuatrocientos años.

—Estoy llegando a ello. Yo tenía otros asuntos entre manos, y Martin había desaparecido, así que intenté olvidarle. Pero, hace un par de semanas, leí que el Everest iba a ser dinamitado.

Corcoran alzó interrogativo las cejas. Boone asintió. Estaba familiarizado con la forma en que se colocaban estratégicamente las cargas en los edificios que iban a ser de-

molidos. Cuando el proceso era efectuado correctamente, la estructura se limitaba a derrumbarse sobre sí misma, convertida en cascotes para que las palas y los bulldozers se hicieran cargo de ellos.

Corcoran suspiró.

—Eso me hizo pensar de nuevo en Martin. Fui a echarle una última ojeada al edificio. Antes había dejado eso a mis agentes, lo cual fue un error. ¿Recuerdas que he dicho que ahora veía las cosas de modo distinto?

—¿Viste algo? —preguntó Boone—. ¿Algo que tus hombres no vieron?

—Algo que no podían ver. Sólo yo puedo verlo, y tengo que situarme justo en el lugar adecuado. Yo..., bueno, no puedo doblar una esquina, pero a veces creo que puedo ver lo que hay más allá de esa esquina. Quizás en un espectro más amplio, quizás un poco más allá en el tiempo. ¿Crees que es posible para un hombre adentrarse o ver un poco más allá en el tiempo, Tom?

—No lo sé. Nunca he pensado en ello.

—No. Bien, de todos modos, ahí estaba..., una especie de balcón cerrado como esos que ves en los lados de las casas de apartamentos, justo fuera de la suite que Martin había ocupado. Algo desincronizado con respecto a la percepción normal, medio dentro y medio fuera de nuestro mundo. Y puesto que Martin nunca vivió en la suite, estoy seguro de que tuvo que haber vivido en aquel balcón o garita.

Boone tomó su vaso y lo vació. Volvió a dejarlo cuidadosamente sobre la mesa.

—¿Y esperas que yo doble una esquina para entrar en esa garita?

Corcoran asintió.

—No estoy seguro de poder —le dijo Boone—. Nunca he utilizado conscientemente ese truco. Siempre ha ocurrido cuando me hallaba en un peligro extremo..., como una

especie de mecanismo de supervivencia. No sé si puedo hacerlo a voluntad. Puedo intentarlo, por supuesto, pero...

—Eso es todo lo que te pido —dijo Corcoran—. He agotado todas las demás posibilidades. El hotel está ahora vacío y vigilado, pero he arreglado las cosas para que podamos entrar. He pasado mucho tiempo allí, probando, golpeando, sondeando y taladrando, intentando hallar una forma de entrar en ese sitio. Nada. Puedo mirar fuera por la ventana a la que está pegado, y no hay el menor indicio de que exista nada entre la ventana y la calle. Pero cuando salgo fuera y miro hacia arriba, ahí está.

—Jay, ¿cuál es tu principal preocupación? ¿Qué esperas encontrar en ese llamado balcón? —preguntó Boone.

Corcoran agitó la cabeza.

—No lo sé. Quizá nada. Martin se había convertido en una especie de obsesión para mí. Probablemente pasé más tiempo intentando averiguar cosas sobre él que las cosas por las que me pagaba. Esto es peor. ¡Tom, tengo que entrar en esa garita!

Hizo una pausa, estudiando su vaso vacío. Luego suspiró y alzó de nuevo la vista.

—El problema es que no tenemos mucho tiempo. Estamos a viernes por la noche, y planean volarlo la madrugada del domingo, cuando todo el mundo esté fuera de las calles.

Boone silbó suavemente.

—Hilas fino.

—No he podido impedirlo. Resultaste difícil de localizar. Cuando supe que te encaminabas a Singapur, envié un cable a todos los hoteles en los que podías alojarte. Ahora, si vamos a hacer algo, tenemos que movernos rápido.

—Mañana..., sábado —aceptó Boone.

—Quedemos para mañana al anochecer. Durante el día van a hacer algún acto público sobre el último día del viejo hotel. El lugar estará copado por la prensa y la televisión. Iremos cuando todo esté tranquilo.

Se puso en pie y recogió los vasos, regresó al bien surtido bar.

—Te quedarás aquí, por supuesto —dijo.

—Eso imaginé —respondió Boone.

—Bien. Entonces podemos tomar otra copa y quizá recordar un poco los viejos tiempos. Después de eso, te mostraré tu habitación. Olvidaremos la garita hasta mañana al anochecer.

2

Hopkins Acre: 1745

Davis había estado paseando por los campos desde primera hora de la tarde, acompañado por su setter favorito, disfrutando de la tranquila satisfacción de hallarse solo en un mundo hermoso y ordenado.

De entre los rastrojos a sus pies salió un urogallo, batiendo estrepitosamente las alas. Se llevó de forma automática la escopeta al hombro y apoyó la mejilla en la culata. El punto de mira se alineó con el ave, y desvió secamente el cañón hacia la izquierda. «¡Bang!», dijo, y supo que si hubiera habido un cartucho en la recámara y hubiera apretado el gatillo, el ave estaría en aquellos momentos cayendo dando tumbos al suelo.

El setter llegó de vuelta a la carrera después de haber asustado al ave y se sentó en el suelo frente a David, los ojos alzados y sonriendo a la manera de los perros, como diciendo: «¡Nos lo estamos pasando en grande!»

Les había costado mucho tiempo a los setters de Hopkins Acre adaptarse. Habían sido educados para levantar la caza y traer las aves muertas. No comprendían ese nuevo procedimiento. Pero ahora era distinto, después de muchas generaciones de setters. Ya no esperaban el estampido del arma o encontrar aves muertas.

Así que, se preguntó por milésima vez, ¿por qué tenía que llevar el arma? ¿Le gustaba sentir su peso y la forma

como encajaba en su hombro? ¿O era para reafirmarse a sí mismo que era un ser auténticamente civilizado, aunque descendiera de un linaje con una larga historia de crueldad y brutalidad? Pero ésa era una pose injusta. Nunca mataría una oveja, pero comía cordero. Seguía siendo un carnívoro, y un carnívoro seguía siendo un asesino.

Había sido un buen día, incluso sin las aves, se recordó a sí mismo. Se había detenido arriba en la colina y contemplado las casas con techo de paja del poblado donde vivían los agricultores y granjeros y las ovejas y el resto del ganado. Había visto los animales en los pastos, a veces completamente solos y a veces con un muchacho y un perro montando guardia. Se había encontrado con las gruñientes hordas de marranos en el denso bosque, salvajes como ciervos y hurgando el suelo en busca de bellotas. Pero no se había aventurado a acercarse. Ni siquiera ahora podía hallar ninguna camaradería con las felices y simples gentes que trabajaban la tierra. Había visto el color de los bosques cambiar en otoño y había respirado el frío aire. Había bajado a los arroyos que fluían a través de los bosques y había bebido de ellos, observando las veloces formas de las truchas.

Hacía poco había visto a Spike jugando a alguno de sus juegos ridículos, dando calculados saltos en erráticos esquemas. David lo había estado observando, preguntándose una vez más qué tipo de criatura podía ser Spike.

Cansado de su juego, Spike se había alejado en dirección a un grupo de árboles, pero saltando ahora de una forma peculiar que tenía más gracia y espontaneidad que los calculados saltos del juego. El sol de la tarde de otoño había destellado sobre su cuerpo globular, con las afiladas puntas de sus púas alanceando los rayos del sol y desmenuzándolos en destellos. David había llamado a Spike, pero al parecer éste no le había oído, y finalmente desapareció entre los árboles.

El día había sido completo, se dijo David; ahora las sombras se alargaban y el frío se hacía más intenso. Ya era hora de regresar a casa.

Esta noche habría una pierna de cordero en la mesa. Emma, su hermana mayor, que estaba casada con Horace, se lo había dicho, y le había advertido que regresara a tiempo.

—No vuelvas tarde —le dijo—. Una vez hecho, el cordero no puede esperar. Tiene que comerse caliente. Y ve con cuidado con esa escopeta. No sé por qué te la llevas. Nunca traes nada a casa. ¿Por qué no traes una ristra de urogallos? Tienen que ser sabrosos.

—Porque yo no mato —dijo él—. Ninguno de nosotros mata, nunca. Así hemos sido educados.

Lo cual no era cierto, por supuesto.

—Horace mataría —dijo ella, ásperamente—. Si hubiera necesidad de comida, Horace mataría. Y cuando la trajera a casa, yo la prepararía y la cocinaría.

Tenía razón, pensó David. Horace, aquel hombre severo y práctico, mataría si hubiera necesidad, aunque no por simple diversión; Horace nunca hacía nada por simple diversión. Tenía que haber una razón dirigiendo todo lo que hacía.

David se había reído de las preocupaciones de Emma.

—La escopeta no puede hacerme ningún daño —dijo él—. Ni siquiera está cargada.

—La cargarás cuando la devuelvas al armero —dijo ella—. Timothy insistirá en que la cargues. Si me lo preguntas, tu hermano Timothy está un poco ido.

Todos estaban un poco idos. Él y Timothy y quizá, de una forma distinta, Horace y Emma. Pero no su hermana pequeña, Enid. Ella, de todos, era el espíritu libre y la pensadora. Tenía pensamientos más largos y profundos, estaba seguro, que cualquiera de ellos.

Así, recordando el cordero que no podía esperar y tenía que ser comido caliente, se encaminó hacia la casa, con el

perro, ahora ahíto de diversión, trotando satisfecho tras él.

Tras coronar una loma, vio el edificio a lo lejos, asentado en un verde rectángulo de césped entre los tostados campos. Un grupo de densos árboles, muchos de ellos resplandecientes en su follaje otoñal, rodeaba todo el perímetro del parque en cuyo centro se alzaba la casa. Un polvoriento sendero, que ahora no era más que unas dobles roderas de carro, avanzaba por la parte frontal del parque, una carretera que iba de ninguna parte a ninguna parte. Desde la carretera, el camino de acceso ascendía hasta la casa, flanqueado por hileras de altos álamos que a lo largo de los años estaban empezando a secarse y que dentro de poco morirían y caerían.

Seguido por el fiel perro, David descendió la loma y cruzó el marrón de los campos otoñales, hasta llegar finalmente a la carretera de entrada. Delante de él se alzaba la casa, una achaparrada estructura de piedra de dos pisos, con sus ventanas maineladas convertidas en un suave fuego por la luz del sol poniente.

Subió las anchas escaleras de piedra y luchó momentáneamente con la pesada y reluctante aldaba de la enorme doble puerta antes de que uno de los batientes girara con suavidad sobre sus bien engrasadas bisagras. Más allá del vestíbulo se abría el enorme salón, iluminado solamente por un puñado de velas colocadas sobre una mesa en su extremo más alejado, y más allá el intenso resplandor del comedor. De esta segunda estancia le llegó un sordo rumor de voces, y supo que la familia se estaba reuniendo ya para la cena.

Entró en el salón y giró a la derecha para dirigirse a la armería, llena de sombras arrastradas a la vida por el oscilar de una sola vela colocada sobre un soporte. Fue al armero, abrió el cargador del arma y sacó de un bolsillo de su chaqueta de caza los dos cartuchos que se había llevado; los metió en su sitio, y cerró la escopeta con un solo movi-

miento. Hecho esto, colocó el arma en su sitio y se volvió. De pie en el centro de la armería estaba su hermana, Enid.

—¿Tuviste un buen día, David?

—No te oí entrar —dijo él—. Caminas como una pluma. ¿Hay algo que necesite saber antes de entrar en la madriguera del león?

Ella negó con la cabeza.

—No hay león esta noche. Horace es casi humano, más cerca de lo humano de lo que nunca haya llegado a ser. Hoy hemos recibido una noticia: Gahan viene de Atenas.

—No me gusta Gahan —dijo David—. Es tan intensamente erudito. Me domina; hace que me sienta inútil.

—A mí también —dijo Enid—. Quizá los dos seamos inútiles. No lo sé. Si tú y yo somos inútiles, me gustaría ser útil.

—A mí también —dijo David.

—Sin embargo, a Horace le gusta Gahan, y si su llegada hace que Horace resulte soportable, eso ganaremos con la visita. Timothy está sumido en el éxtasis. Gahan le dijo a Horace que iba a traerle a Timothy un libro, probablemente un pergamino, escrito por Hecateo.

—Hec..., bueno, sea el nombre que sea. Nunca he oído hablar de él. Si es él y no ella.

—Es él, y es griego —dijo Enid—. Recateo de Mileto. Siglo V o VI. Los eruditos son de la opinión que Recateo fue el primer hombre en escribir prosa histórica seria, utilizando un método crítico para separar el mito de la historia. Gahan cree que el manuscrito que posee es un libro desconocido, uno de los que se habían perdido.

—Si es así —dijo David—, eso es lo último que veremos de Timothy por algún tiempo. Se encerrará en la biblioteca, y hará que le traigan allí la comida. Le tomará un año abrirse camino a través de él. Dejaremos de tenerle siempre estorbando.

—Creo —dijo ella— que está empezando a extraviarse, enredado en su historia y su filosofía. Está buscando los